

á todas las fiebres admitidas por los autores desde la mas remota antigüedad. Pues bien, siempre que la irritacion del estómago es algo viva, el emético surte este efecto; luego no es cosa prudente esponer á los dolientes á las contingencias de un emético, siempre que la irritacion del estómago se aproxima al grado de la inflamacion. Hay mas: aun cuando ella es inferior á este grado, las sanguijuelas pueden llevársela sin producir la inflamacion, mientras que, en el mismo grado, el emético la produce á menudo; luego vale siempre mas recurrir á las sanguijuelas que al emético. Así se precaven las fiebres llamadas esenciales.

EL SABIO.

¿Y qué es pues de la teoria de estas fiebres?

EL MÉDICO JÓVEN.

Una quimera.... que no hubieran inventado los autores nunca, á saber curar las gastritis como lo hacemos hoy dia nosotros.

EL SABIO.

¡Al oírle á Vm., cuantos hombres se rin-

diéron á estas dolencias, hubieran perecido por culpa de sus médicos!

EL MÉDICO JÓVEN.

No precisamente por su culpa, supuesto que no sabian mas, sino por su ignorancia. Conviene añadir tambien por imprudencia de los pacientes, ó forzosa tardanza de la curacion; porque llegando á ser intensa la gastritis, no cede ya á las sanguijuelas.

EL SABIO.

¿Sostiene Vm. tambien que es posible atajar todas las demas enfermedades en sus principios?

EL MÉDICO JÓVEN.

Pero, casi todas. Habia poquisimas cuya curacion supiera dirigirse en las antiguas doctrinas.

EL SABIO.

Repáre Vm. bien en eso: acusa Vm. á cuantos médicos antecediéron á su época, de ignorancia, por no decir de asesinato.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Si; de ignorancia, y me atrevo á sostenerlo.

## EL SABIO.

Si la doctrina de Vm. es verdadera, todas las demas son falsas. Este dilema es pesado; y apuesto á que Vm. no se desembaraza de él.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Me desembarazaré con la afirmativa.

## EL SABIO.

¡Qué presuncion!

## EL MÉDICO JÓVEN.

Pero, si es fundada, ¿qué nombre le dará Vm.?

## EL SABIO.

No puede serlo. ¿Es posible que tantos hombres famosos hayan estado en el error por espacio de muchos millares de años?

## EL MÉDICO JÓVEN.

¿Porqué no, si carecian de los hechos principales sobre que la ciencia estriba?

## EL SABIO.

Pero ¿como creer que ellos no hayan podido descubrir semejantes hechos? ¿No tenian á la vista los enfermos como Vm. mismo los tiene? No tenian tambien potencias bien arregladas; una razon que valia á lo ménos la de Vm.; sabios modelos para guiarlos; una erudicion mas vasta que la de su maestro de Vm.? ¡Cuantos médicos que pasaron su vida entera leyendo, meditando, y asistiendo á los enfermos; que estaban siempre sobre sí contra el error é ilusiones de la imaginacion! ¿Puede creerse que Vms. hayan hallado de repente aquella piedra filosofal, que ellos buscáron por tanto tiempo con sus propias luces, auxiliadas por las de todos sus predecesores? Piense Vm. bien en ello: el asegurar que sabe Vm. mas que cuantos le antecediéron, es una proposicion indefensible. Por mas que Vm. la repita, no persuadirá jamas á las personas razonables. Esta pretension bastaria, sin otro exámen ninguno, para arguir la doctrina de Vm.,

de falsedad, ó exageracion á lo ménos. En cuanto á lo demas, no son Vms. los únicos presuntuosos, y arrogantes de la medicina: los fastos de esta ciencia testifican la existencia de una infinidad de fanfarrones que exclamaron, en su ridículo entusiasmo: « He hallado la ciencia; quemad todos los libros, y oidme! » Tesalo, Paracelso, Vanhelmont, Brown, y otros infinitos tuvieron este lenguaje; ¿qué fué de ellos? Lo que de Vms., sin duda, y quizá harto pronto para que les queden muchos años que pasar en los pesares y la humillacion.

EL MÉDICO JÓVEN.

A cualquiera otro, con quien guardara yo ménos respeto, le responderia: Vm. ha declamado; pero ¿qué ha probado? ¿Acaso es imposible descubrir lo que no lo fué nunca? ¿Tendré valor para rogar á Vm. que responda á esta sencilla pregunta?

EL SABIO.

Sin duda que no: pero ¿como creer que

hayamos llegado al momento de este descubrimiento?

EL MÉDICO JÓVEN.

Pero, á mi turno, porqué no creer que hayamos llegado á él? ¿No vale nuestra época ciertamente cualquiera otra? Si le doy á Vm. pruebas de que hemos hallado importantes verdades, ¿las desechará por la sola razon de que ellas son de nuestros dias?

EL SABIO.

Me hace injuria esa pregunta.

EL MÉDICO JÓVEN.

Pues bien, paso á la esplanacion de mis pruebas.

Acaba de ver Vm. una calentura primeramente gástrica ó biliosa, despues pútrido-maligna, atajada en su primer periodo por el conocimiento de un hecho que era ignorado de los antiguos. Este hecho es que semejante fiebre depende de la inflamacion de los órganos digestivos. Digo que era ignorado, y se lo pruebo á Vm. ha-

ciéndole notar que no se atajaban estas calenturas en otros tiempos, sino que las dejaban seguir su curso, contando los días y aguardando las crisis, ó bien que las exasperaban dando nocivos medicamentos. Ahora bien, si se hubiera sabido que, para atajarlas, no se trataba mas que de destruir la inflamacion de estas vísceras, lo hubieran hecho; luego no lo sabian. ¿Qué tiene Vm. que replicar?

EL SABIO.

Replico que la repentina cura de Vm. con la sangría del epigastro es un caso raro, extraordinario, accidental, y que no puede servir de regla.

EL MÉDICO JÓVEN.

Veo que no está Vm. convencido con la esplicacion que le he hecho del modo progresivo de las calenturas. Vm. quiere hechos á montones; voy á dárselos por este estilo en apoyo de mi teoría.

Supónganse, en un distrito, ciudad, hospital, etc., cien enfermedades que comienzan como la de mi padre. Si todas

acogidas en los primeros días con sangrías hechas en la boca del estómago, quedarán atajadas; si son curadas como yo habia empezado á curar la de mi padre, seguirán su curso; una mitad de ellas á lo ménos se volverá mortal; otras se prolongarán, y dejarán para mucho tiempo á sus víctimas una salud vacilante. Se curarán algunas, á pesar de la incongruencia de la curacion, con un violento esfuerzo que se llamará *crisis*, es decir, por medio de hemorragias espontáneas, depósitos, sudores, etc. En el primer modo curativo, no habrá epidemia; en el segundo, habrá una horrenda. Los enfermos, si están reunidos, serán un receptáculo de infeccion que espondrá la salud de las personas que estén obligadas á penetrar en él. Pero esta diferencia, que es inmensa, está dependiente únicamente del conocimiento ó ignorancia de un solo hecho, el de la gastro-enteritis como causa orgánica de la enfermedad. Sostenga Vm. ahora que el descubrimiento de una verdad capaz de influir poderosamente sobre la ciencia y

felicidad del género humano, no puede hacerse en nuestros dias.

EL SABIO.

Responderé que me alega Vm. una suposicion. ¿Quien me prueba que las cosas deben pasar así como Vm. lo anuncia? ¿Está Vm. autorizado para generalizar de ese modo la observacion hecha en su padre?

EL MÉDICO JÓVEN.

Si, Señor, lo estoy; y cuando he dicho: *supónganse*, no he hecho mas que espresar, bajo la forma hipotética, un hecho que se justifica diariamente.

EL SABIO.

Pero yo no he comprobado este hecho. ¿Como podrá probarme Vm. que él es real?

EL MÉDICO JÓVEN.

Si Vm. no le ha comprobado, nace de que á pesar de sus conocimientos en medicina, no se ocupa Vm. en el ejercicio de esta ciencia; pero otros le comprobáron, y comprueban todos los dias. Los médicos fisiologistas ven desaparecer, diariamente,

de su práctica todas aquellas supuestas fiebres esenciales, mientras que los que siguen el antiguo estilo, aunque colocados bajo un mismo cielo y en unos mismos parages, están sobrecargados y atormentados con el sinnúmero de estas fiebres.

EL SABIO.

No puedo creer á Vm. de oidas.

EL MÉDICO JÓVEN.

Así he aquí Vm. reducido á negar los hechos: es efectivamente el único recurso de los incrédulos. Para justificar los hechos, en la cuestion que nos ocupa, es menester primeramente comenzar estudiando la doctrina, á fin de hacer las necesarias contrapruebas, ó bien seguir de continuo la práctica de los que las hacen. Los médicos que se tomaron esta molestia, quedáron convencidos, y por esto precisamente los adversarios de la nueva doctrina me vedaban en otro tiempo, con tanta solicitud, el seguir al catedrático que dirige la enseñanza suya; temian que yo fuera seducido. Ve Vm. que esta seduccion

no era otra cosa mas que una verdadera conviccion : no alcanzará esta nunca sino á los que la soliciten; y he aquí la razon por la que nuestros adversarios permanecen inalterables en sus opiniones. No están convencidos, á causa de que no viéron; y no viéron, á causa de que no quisieron ver.

EL SABIO.

Es necesario algun tiempo, querido doctor mio, para comprobar esas supuestas verdades. La duda filosófica es aquí la resolucion mas prudente. Las sociedades sabias no se han declarado todavía sobre la no existencia de las calenturas esenciales; y deben esperar su decision los hombres cuerdos.

EL MÉDICO JÓVEN.

No es preciso esperar, Caballero, cuando se trata de una cuestion tan importante como la de saber si es posible atajar ciertas enfermedades mortíferas, como lo son las fiebres malignas y pútridas. Nuestra conciencia nos dice á gritos que no espon-

gamos la vida ni siquiera de un solo paciente; y los prácticos que son tan tímidos que no se atreven á probar por sí mismos los ensayos, no deben malograr ni un solo instante en seguir la práctica de los que los prueban. El amor propio debe callar aquí; y desde el momento que se agita públicamente una semejante cuestion, no hay ya dignidades ni canas que dispensen á un hombre honrado de asegurarse por sí mismo de si hay, para salvar á varios enfermos de los que pierde él mas de la mitad á lo ménos, algunos medios mas eficaces que aquellos de que hace uso.

EL SABIO.

Convendré en eso, si Vm. puede probarme, con el exámen de los síntomas de las calenturas esenciales, que ellas no son otra cosa mas que gastro-enteritis.

EL MÉDICO JÓVEN.

Celebro infinito que Vm. me haga semejante proposicion. La *fiebre biliosa* ó *gástrica* no es mas que una gastro-enteritis en una persona en quien el canal

digestivo, irritado sobremanera, hace doloridos los músculos locomotores, y copiosísima la secreción de la bilis. Ha visto Vm. *sussíntomas* y curación en mi padre. La *fiebre mucosa* es la misma enfermedad en una persona linfática, y en quien el canal digestivo presenta muchas mucosidades de las que se llaman *flemas*; la caracterizan, en opinión de los autores, una boca pegajosa y viscosa, aftas, la salivación, vómitos mucosos ó cámaras de igual naturaleza, postillas y costras mucosas también, y la lentitud de su curso, que no es tal mas que á causa de que se curó mal la *flemasía* en sus principios: pero es sabido hoy día que las secreciones mucosas por la boca ó vías inferiores, acompañadas de calentura, de inapetencia, de sed, de dolor ó embarazo en el canal digestivo, de cefalalgia (dolor de cabeza), y de una impresión de fatiga y debilidad en los miembros, indican la inflamación de la membrana dicha mucosa, que cubre lo interior del canal digestivo desde la boca hasta el ano. La expresión *fiebre ardiente* denota un su-

premo grado de fiebre y calor en estos mismos afectos. La *fiebre adinámica*, con que se nos dice que se terminan las precedentes, no es efectivamente mas que la gastro-enteritis, llegada á tanto grado de intension, que las fuerzas se disminuyen, que las facultades intelectuales se emboban (lo que causa una especie de brutalidad llamada estupor), que la lengua se pone negra, y que la boca se cubre de una capa negruzca; pero este color obscuro de la boca fué precedido de un sobresaliente encarnado en el principio; el muco negro fué blanco, amarillo, ó pardo, en los primeros días; y todo ello no se mudó sino porque no se atajó la inflamación en sus principios. Este hecho es tan cierto que una aplicación de sanguijuelas, hecha oportunamente, desvanece en algunas horas el estupor, hace retroceder el color moreno hácia el encarnado reluciente, desembaraza la boca de aquel muco negruzco que la hacia, como se espesan, *fuliginosa*, y restablece la fuerza en el aparato muscular. La palabra *fiebre pútri-*

da no indica mas que la fetidez del aliento, de la transpiracion y cámaras, que se une á los fenómenos antecedentes. La *fiebre maligna* ó *cerebral* no es mas que la irritacion del cerebro agregada por simpatia á la inflamacion gástrica que produce las pretensas calenturas biliosas, mucosas y pútridas; porque, cuando el cerebro está primitivamente inflamado, se designa este estado con las palabras de *frenesi*, *aracnitis* ó *encefalitis*; pero puede suceder muy bien que la irritacion del cerebro, aunque secundaria, se eleve hasta el grado de una inflamacion real, ó que la del canal digestivo tenga su progreso en seguida de la encefalitis. La *fiebre inflamatoria* no es mas que una gastro-enteritis en que el canal digestivo no está muy dolorido, en que la cólera y mucosidad no son copiosas; cuando muy intensa, se aproxima á la fiebre ardiente, pero es con frecuencia el primer grado de todas las demas. Por lo mismo nos dicen los autores que, si ella no se termina en pocos dias, llega á refundirse en las fiebres gástricas, pútridas ó malignas; lo cual

quiere decir que la inflamacion del canal digestivo, ligera en el principio, se eleva á un grado que produce la debilidad, la fetidez, ó bien que se complica con la irritacion del cerebro.

Estas son las fiebres esenciales de los autores; pueden acompañarlas otras inflamaciones; pero no pretendieron designar esto con la expresion *fiebre esencial*; porque tenian voces para indicar las flemasías del pulmon, del corazon, del hígado y demas tejidos: la palabra fiebre esencial no designaba, entre ellos, mas que la gastro-enteritis, que, por no ser conocida, les hacia creer en la existencia de un afecto general. Ignoraban que la fiebre estaba alimentada por esta flemasía; no podian referirla á las que ellos conocian; la miraban pues como independiente de órgano ninguno en particular, como existiendo por sí misma, como esencial en una palabra.

Los autores habian atribuido á las diferentes formas de la gastro-enteritis, que les era desconocida, cursos, duraciones,

periodos, que ellos miraban como necesarios. Así la fiebre biliosa debia durar catorce ó veinte y un dias; la mucosa debia prolongarse por mas tiempo; se llamaba *efimera* la inflamatoria de un dia; pero si ella pasaba de este término, era menester que no fuera mas allá del séptimo, sin lo cual le imponian el nombre de una de sus compañeras: la calentura pútrida tenia por término dos ó tres septenarios, pero no causaba estrañeza el verla estenderse mas adelante; la fiebre maligna no tenia duracion ninguna fija; engañaba ella á veces á los médicos por medio de una muerte repentina ó de una inesperada cura, lo que habia sido causa de llamarla tambien *atdxi-ca*, esto es irregular. Ve Vm. que se habian puesto muy á sus anchuras, para no desconcertarse en el caso de que no llegara á verificarse el pronóstico hecho sobre la duracion. Todo ello no impedia que las fiebres presentaran un curso y fenómenos que no estaban previstos; lo cual ponía en el mayor estrecho á los médicos. Se les ocultaba á estos que la inflamacion se au-

menta, se termina ó propaga de una víscera á otra, segun que los órganos digestivos se calman ó irritan con las sustancias que se introducen en su interior. En vez de extinguir, desde los principios, el ardor que consumia el canal digestivo, aguardaban algunas crisis. Pues bien las crisis no son aquí mas que la cesacion de la irritacion de este canal, que se substituye con otra que acarrea sudores, hemorragias, inflamaciones de las partes externas; pero estas crisis no acaecian si la flemasia interior era fortísima, y hacian con frecuencia cuanto era necesario para alimentarla. En efecto daban, para promover la crisis, estimulantes, que fijaban mas y mas la inflamacion en los tejidos atacados; estos se desorganizaban ó la muerte sobrevenia con la excesiva irritacion; y se desesperaban de no haber podido hallar mejor específico. Estas crisis mismas eran tan violentas á veces, que costaban ellas la vida á los pacientes: por ejemplo, una de las inflamaciones de las glándulas de la cara, que se llama *parótida*, reprodu-

cia la irritacion gastro-encefálica, y causaba la muerte; teniendo otras veces la flema más crítica su progreso en la piel, en una articulacion, en un ojo, destruía estas partes, y mutilaba al desventurado convaleciente.

Los que no contaban con las crisis, sangraban y en seguida estimulaban; lo cual hacia mas tremenda la gastro-enteritis; otros daban vino, cordiales, quina, en la forma de la gastro-enteritis á que daban el nombre de fiebre adinámica ó sin fuerza: ignoraban, los desgraciados, que aumentaban la causa de esta debilidad, y que hacian incurable la enfermedad. Otros administraban estimulantes, bajo el nombre de antiespasmódicos, para calmar las convulsiones y delirio de las fiebres atáxicas, y hacian al cerebro, muy irritado ya, un daño comunmente irreparable. Otros, últimamente, seguian la práctica mas vacilante; daban el emético un dia, purgaban en el siguiente, volvian á las sangrias, anti-espasmódicos, y pretensos calmantes, que no eran otra cosa que activísimos estimu-

lantes, tales como el alcanfor. El resultado de todas estas curaciones tan extravagantes, tan truncadas, ya útiles, ya perjudiciales, era siempre que despues de la terminacion, los médicos no sabian si habian curado, si habian perjudicado, porque ni como; y que sus observaciones, aciertos, y desaciertos no llegaban casi nunca, no digo á hacerlos capaces de usar con mas felicidad otra vez, pero ni siquiera á ponerlos en disposicion de conocer la calidad de la enfermedad que se les presentaba.

## EL SABIO.

He aquí un acto de acusacion grandemente formado; pero ¿qué tiene Vm. que poner en lugar de esa práctica, en concepto de Vm., tan mortífera?

## EL MÉDICO JÓVEN.

Nuestro catedrático substituyó este caos informe con una clara y precisa doctrina que presenta los resultados mas satisfactorios. Ha visto Vm., en la desesperada cura de mi padre, un ejemplo de curacion